

SAN LUIS IX, REY DE FRANCIA (25 de agosto)

Nació en Poissy (Beauvais) en 1214, de Luis VIII y de Blanca de Castilla; a los doce años fue coronado rey (1226), y a los veinte (1234) casó con Margarita de Provenza, de la que tuvo once hijos (sobrevivieron nueve), sufriendo el influjo de su madre, regente del reino durante su minoría de edad y sus ausencias. Tras la victoria sobre los ingleses y vasallos rebeldes, para consolidar el reino Luis se dejó guiar por su ideal religioso. Curado de una grave enfermedad, quiso participar en la cruzada para liberar Tierra Santa. Venció a los sarracenos junto a Damietta (1249); pero luego su ejército, diezmado por una pestilencia, fue derrotado y el mismo rey fue hecho prisionero (1250); por fin fue rescatado de la prisión, pero a un precio altísimo. Como reacción a este fracaso surgió un movimiento guerrero anticlerical y místico (*des pastoreaux*, pastorcillos), que fue ahogado en sangre.

Tras el descalabro de esta primera cruzada, quedándose más de tres años en Palestina, demostró su sentido religioso adquiriendo a precio de oro la (supuesta) corona de espinas de Cristo, que formaba parte del tesoro de Santa Sofía (vendida por el emperador latino de Constantinopla), para enriquecer el tesoro de Saint-Denis, y algo más tarde otros objetos de la pasión (parte de la cruz, el hierro de la lanza y la esponja del vinagre). Tuvo la osadía de emprender otra cruzada contra el islam cuando el sultán de Egipto se apoderó de gran parte de Palestina. Fue vencido por la peste, que se cebó en su ejército de sesenta mil hombres. Tendido en un lecho, cubierto de ceniza y cilicio, con los brazos abiertos en cruz, expiró pronunciando las palabras del salmo 5,8: «Entro en tu casa, Señor, me postro hacia tu templo». A él se debe el apoyo a la fundación de la Sorbona y a la obra de Tomás de Aquino y de Vicente de Beauvais.

Prescindiendo de sus guerras, que produjeron también feroces represalias (como la perpetrada tras la derrota en Egipto), se debe recordar que supo gobernar con rectitud, preocupado por los derechos de los demás («A cada cual lo suyo», decía), hasta recomendar a su hijo mayor que «preferiría que un escocés gobernara bien y lealmente el reino a que él lo gobernara mal». En el conflicto entre la casa de Francia y la de Inglaterra (concluido con el tratado de Paris de 1269), en el que restituyó a Enrique III territorios

que consideraba ilegítimos, quiso dirimir el contencioso con un compromiso ecuánime. Por eso fue consultado a menudo para hacer de apaciguador entre los poderosos de su tiempo. Además se le deben atribuir varias obras: la renovación de la economía del país, la fundación de hospitales, la ampliación de la beneficencia y sobre todo la promoción de la justicia (tras el redescubrimiento de la legislación romana, las *Pandectas* de Justiniano) con leyes publicadas en su nombre, *Les établissements*. Éstas son un hecho capital en la génesis de la jurisprudencia monárquica para reprimir vicios graves, tanto sociales como religiosos, según la mentalidad de su tiempo. Tales leyes y la justicia penal administrada por él (libre acceso de todos) sirvieron para restablecer la paz y tranquilidad en el reino.



Obra del Greco, Museo del Louvre

Además, con su espíritu de terciario franciscano, no sólo se preocupó de los pobres, sirviendo él mismo a los apestados en la última cruzada y mereciendo de los mismos musulmanes el apelativo de «sultán justo» cuando era prisionero, sino que fue también un pacifista buscando la mediación entre el papa y el emperador Federico II, hasta impedir que los franceses tomaran las armas contra Federico, como le habría gustado a Roma. Toleró las empresas de Carlos de Anjou (hermano suyo) en la conquista de Nápoles. Para hacer verdadera justicia, creó el parlamento, y para llevar cuentas exactas instituyó la cámara de los condes; reformó en 1263 la moneda, que se impuso rápidamente, oponiéndose a las prerrogativas señoriales.

En su Testamento espiritual, dirigido a su hijo Felipe (el Atrevido), nos revela la proverbial bondad y equidad ejemplar de este rey; refleja sin duda no sólo su rectitud de intenciones, sino también su testimonio personal de hombre no sólo muy piadoso (su jornada estaba marcada, al estilo monástico, por el rezo de las horas canónicas), sino también justo y caritativo. Su heroica fidelidad a la ley de Dios le llevó a no infringirla jamás gravemente. Su confesor-biógrafo nos ha transmitido numerosos ejemplos de paciencia y humildad. Aunque Luis no fue ni un gran general ni un gran político, por sus extraordinarias cualidades humanas y cristianas será siempre un símbolo de coherencia. (Texto de E. Lodi)

ORACIÓN

Oh Dios, que has trasladado a san Luis de Francia de los afanes del gobierno temporal a la gloria del reino de los cielos, concédenos, por su intercesión, que, en medio de nuestras ocupaciones temporales, busquemos tu reino eterno. Por nuestro Señor Jesucristo.